

En Baviera la nieve siempre se acumula en grandes cantidades. En cuanto empiezan a caer los primeros copos, se forma rápidamente un manto que cubre todo lo que hay sobre la superficie del estado federado: las madrigueras de los erizos, los calzoncillos perdidos, torpes dibujos de un Cristo crucificado garabateados con un lápiz de color, pastillas usadas de jabón Fels-Naptha, que elimina prácticamente todas las manchas. He visto estas cosas desaparecer bajo una capa de nieve que todo lo descompone, y si hay algo más frío o más hermoso que un invierno alemán, yo no lo conozco todavía.

Pero cuando era una niña de sólo diez años, durante aquellos primeros meses en que intentaba acostumbrarme a aquel país donde me sentía más sola de lo que me había sentido o me sentiría nunca, cuando hasta las profesoras farfullaban palabras incomprensibles y la mente de mi madre se enredaba cada día un poco más, no entendía que tuviera que apreciar aquella belleza con toda mi alma porque, os lo puedo asegurar, las cosas iban a ponerse mucho peor para mí. Aquel año sentí nostalgia de Baltimore, donde en invierno el cielo permanece inofensivo durante meses y de repente, a lo mejor a finales de febrero, se cubre de nubes en una orgía de las que cortan los tendidos eléctricos, arrastran a los coches envueltos en un torbellino y obligan a nuestra pequeña ciudad, tan aplicada y modesta, a ponerse de rodillas. Prefiero una buena crisis al agobio que provoca un largo encierro. Pero en cualquier caso, aquel invierno pasé mucho tiempo al aire libre; mi madre no estaba y mi padre destinó la casa a otros usos.

Cada mañana me enfrentaba a la ventisca para tomar el autobús escolar. Entonces todas llevábamos vestiditos como los de Caroline Kennedy, con faldas de vuelo, lo que resultaba poco práctico y a menudo era un auténtico suplicio, porque la lluvia helada me

calaba los leotardos y el frío se me metía en los huesos hasta la hora de comer.

Una mañana —supongo que era sábado— salí a la nieve a jugar. La nevada era reciente y conservaba un aspecto mágico. Habíamos aprendido una canción en el cole —en alemán, por supuesto— y me puse a cantarla mientras atravesaba el campo frente a mi casa. De vez en cuando me volvía para admirar mis huellas sobre la nieve. No entendía todas las palabras de la canción, pero la melodía era muy dulce, se podría decir que etérea. Y como todo parece tan silencioso cuando está cubierto por la nieve, imagino que disfruté con la nitidez y la claridad de mi voz.

Un poco más abajo estaba la casa de Daniela, que iba a mi clase, y su hermano Rudi, que era mayor e iba al instituto. Con él pasaba tardes en el granero, aprovechando las últimas horas de luz en medio de la tranquilidad de la naturaleza, lejos de mi casa de alquiler. Bueno, supongo que aquel día estaba trabajando en el granero y me oyó cantar, porque de repente me hizo un saludo con su manaza desde el otro lado del campo y se acercó a grandes zancadas con sus gruesas botas de goma, gritando: Judy, Judy. Me preguntó si me gustaba montar en trineo y le dije que sí, aunque mi madre siempre me lo prohibía porque aseguraba que era muy peligroso. Sin embargo, me pareció emocionante, porque cuando yo era pequeña mi madre solía leerme un libro de poemas para niños, y recordaba uno que empezaba así:

*Ven a volar conmigo, dijo el pequeño trineo rojo.
Te daré las alas de un pájaro, aseguró.*

Junto al poema había un dibujo de un pequeño trineo sonriente. Rudi dijo que su hermana Daniela estaba resfriada y no podía salir, pero que él me llevaría en trineo si me apetecía. Así que desobedecí las indicaciones de mi madre y lo acompañé.

El chico cogió un trineo del granero y atravesamos el campo en dirección al cementerio. Pasamos frente a la ermita de la Virgen María y llegamos al viejo camposanto sobre la colina. Desde allí podías deslizarte por la ladera cubierta de una suave capa de nieve; la

cuesta era bastante empinada en algunos sitios, y donde no era tan pronunciada era muy larga. Como me daba miedo bajar sola, Rudi se instaló detrás de mí —no entiendo cómo, porque era corpulento, y recuerdo que el trineo era pequeño incluso para mí— y nos lanzamos ladera abajo. Fue muy emocionante sentir el azote del viento en la cara y los pulmones llenos de aire frío, ver cómo pasaba todo a gran velocidad. «Es lo que deben de sentir los astronautas», me dije, porque estábamos en los tiempos de la carrera espacial y los adultos repetían a los niños que vivíamos una época fascinante.

Al poco tiempo ya bajaba sola por las laderas suaves, pero con las pendientes más fuertes no me atrevía si no tenía a Rudi sentado detrás. Me sentía capaz de cualquier cosa si él estaba conmigo. Dicho así, parece una tontería, pero en ocasiones, cuando estaba con él en el granero y llegaba el momento de volver a casa, tenía ganas de abrazarme a su pierna como un bebé, esconder el rostro en su vientre y suplicarle: «Por favor, no me hagas volver». Ya te digo, seguro que pensó que era la niña más pesada del mundo. Sólo Dios sabe por qué me aguantaba. Supongo que, con su peso, Rudi hacía que el trineo me pareciera más seguro. Además, sus piernas estiradas hacían de barrera protectora, de manera que yo tenía la sensación de que no podía caerme.

Lo recuerdo como si pasáramos horas subiendo y bajando de la colina, aunque en realidad no pudo haber sido tanto. En alguna ocasión, el trineo volcó y nos caímos dando volteretas sobre la nieve. Recuerdo su risa entonces. Se rió con ganas, como si lo estuviera pasando bien de verdad. No guardo ningún recuerdo de la vuelta a casa, sólo del calor que nos acogió cuando llegamos.

Me refiero a su casa, no a la mía. Yo nunca había ido más allá del vestíbulo donde se dejaban las botas y los abrigos, pero en una ocasión Rudi me llevó a la cocina y me sentó frente a una mesita. Era una cocina moderna, pero de la pared colgaban esos moldes de madera para hacer galletas de especias: *Lebkuchen*, así las llamaban. Uno de los moldes tenía la forma de Struwwelpeter, el horrible protagonista de un libro que nos hacían leer en el colegio. Era un niño de pelo amarillento y crespo como el pelaje de un monstruo, con una mirada triste y vacía. Tenía unas uñas curvas como

garras y un cuerpecito deforme, y llevaba un trajecito muy cursi. Recuerdo que le pregunté a Rudi quién iba a querer comerse una galleta con la forma de Struwwelpeter y que él se rió.

Me dijo: «Tienes los leotardos mojados. Quítatelos». Y así lo hice. Los leotardos se me enredaron en los tobillos. Me ayudó a quitármelos, después se sentó en el suelo frente a mí y me frotó los pies y los dedos de los pies para calentármelos. «Tienes los pies como unos helados», dijo. Quería decir que estaban fríos como el hielo, pero en alemán «hielo» y «helado» se designan con la misma palabra. Después cogió los leotardos y los colgó delante de la estufa, y me dio una galleta mientras esperábamos a que se secaran.

Las galletas eran *Lebkuchen*, pero de las redondas, no de las que se hacen con moldes como los que colgaban de las paredes. Sabían a canela y a clavo, y a la espesa miel oscura que hacían las abejas en los tupidos bosques de pinos de la zona. Me recordaban a las Navidades. Rudi me dijo que eran restos de las pasadas fiestas, pero vi que tenían por debajo una especie de disco blanco de textura densa, y le pregunté qué era. Me dijo que los discos se llamaban *Oblaten*, y que a veces la gente colocaba encima la masa de la galleta y otras veces no. A él le gustaban las galletas de las dos maneras. Luego me dijo: «¿Sabes?, es el mismo tipo de hostia que usa el cura en misa, exactamente el mismo, sólo que no está bendecida. Así que, si la bendices se convierte en el cuerpo de Cristo, y si no, la puedes utilizar para hacer una galleta».

Me pareció interesante que mi galleta pudiera haber sido algo sagrado. Pero aquí me tenías, sentada frente a la estufa, con mis leotardos colgando del respaldo de una silla mientras el hermano mayor de mi compañera de clase se comía una galleta de miel. Allí no había nada sagrado.

Bueno, eso es todo lo que recuerdo. Cuando los leotardos estuvieron secos, supongo que me los puse y volví a casa. En primavera, cuando llegó Pascua y volví a pasar por delante de la ermita de la Virgen, me di cuenta de que el prado que se extendía frente al viejo camposanto era en realidad el nuevo cementerio, con las placas metálicas de las tumbas clavadas en el suelo. De manera que aquel día en que Rudi y yo bajamos con el trineo, nos estuvimos

deslizando sobre las tumbas de los muertos. Ignoro si él era consciente de eso, aunque me imagino que sí, porque había vivido allí toda su vida. A lo mejor no le importaba. Tal vez pensó que los muertos no echarían en cara a los vivos un momento de diversión.

Muchos años más tarde, cuando estaba ante la tumba de Bobbie, mi mejor amiga, rodeada de todos nuestros colegas del colegio y de algunos de nuestros amigos del instituto, recordé esta historia. A ella nunca le había hablado de Rudi, y me pregunté si ahora, con su hermoso espíritu libre de los torpes sentidos humanos, Bobbie conocería hasta los pocos secretos que no le había contado. «Deja que te explique», quería decirle, pero por supuesto ya era demasiado tarde para eso.

En la oración junto a la tumba, el cura pronunció unas palabras que debió de considerar consoladoras. «No os apenéis pensando que habéis perdido para siempre a los que han fallecido —dijo—. Los volveremos a ver en la eternidad, pues ésa es la fe que tenemos en Cristo Nuestro Señor.» Crucé los brazos sobre el pecho. Estaba de acuerdo con él en que el espíritu vive para siempre, pero nunca lo diría de una forma tan sentimental. Es doloroso tener asuntos pendientes con los muertos. Pero también los muertos tienen asuntos pendientes con nosotros.

PRIMERA PARTE

LA REINA DEL CARNAVAL

1

1998

Sylvania, Maryland

Supongo que al principio fue una historia de amor. La escuela en la que entré, siguiendo las indicaciones de mi comadrona, para inscribirme en la clase de parto natural que impartían por la tarde, era una casita de cuento de hadas, con paredes color albaricoque y muebles de madera de pino sin tratar. En el aula del parvulario, unas muñecas de lana aguardaban puestas en hilera bajo un luminoso ventanal, y sobre la estantería, unos peces de madera pintados en pálidos tonos parecían escaparse de un revoltijo de seda azul. En la mesita del centro habían plantado un farol sobre un nido hecho de conchas marinas y piñas de abeto. La mesita tenía un revestimiento azul decorado con la silueta de una niña que recogía en su falda las estrellas que caían del cielo. Reconocí la escena: era un cuento de hadas que había oído muchos años atrás al otro lado del océano. Recordaba muchas historias de aquel lugar y de aquellos años, pero ésta destacaba porque tenía un final feliz, en lugar de horrible.

La profesora que me encontró allí de pie, con la boca abierta, una mano sobre la abultada tripa y otra apoyada en la cadera, no necesitó preguntarme si era la primera vez que entraba en una escuela Waldorf. Mi mirada de sincera admiración era una elocuente respuesta. No tardaría en comprender que en la escuela Waldorf todo está diseñado para producir ese sentimiento que a mí me surgió de forma natural, como un pionero agotado que al llegar a un valle de espléndido verdor declara: «Éste es el lugar». No me pregunté por qué aquella habitación me atraía tan poderosamente; lo supe nada más entrar: me recordaba a mi escuela en Alemania, con

relucientes hojas de hiedra colgando como guirnaldas sobre las ventanas, una guitarra junto al escritorio de la profesora y las mesas provistas de cajas de madera con unos lápices de cera de colores tan vivos y brillantes que parecían chillar de alegría. En las cajas había lápices de todos los colores, excepto el negro. El color negro no estaba permitido. Recibí esa información como si se tratara de un mensaje en clave: aquí tenemos tu infancia alemana, y hemos eliminado el lápiz negro.

Hoy, diecinueve años más tarde, he guiado a cientos de párvulos a través de su iniciación a nuestra forma de maravillar, la pintura con acuarelas y hasta algún que otro caso de tiña. El bebé que aquel día se movía arriba y abajo en mi vientre —mi hija Maggie—, felizmente ignorante de la conducta fanática que estaba brotando en su madre, cursó toda su enseñanza en la escuela Waldorf hasta la universidad. Scott, mi hijo, estaba en su último año. El curso escolar acababa de empezar, pero mi jefe, Dan Beckett, ya había empezado la reunión semanal de profesores anunciando que la escuela Sylvania Waldorf era económicamente insolvente y podía quebrar en cualquier momento. Era la misma cantinela que habíamos oído el curso anterior, de modo que aquella mañana yo guardaba respetuoso silencio en mi pupitre mientras me toqueteaba un pendiente y pensaba vagamente en el sueño erótico que había tenido con Dan Beckett la noche anterior. Mi historia de amor con la escuela Waldorf seguía viva en mi alma, pero hasta la llegada del nuevo director no se me había ocurrido que pudiera llegar a consumarse.

Ninguna persona razonable me hubiese echado en cara mi distracción aquel día. Antes de comer ya había tenido que lidiar con dos casos de accidente de orinal y con el ojo morado de un alumno pendenciero, que en aquella ocasión, francamente, se lo había buscado. Por la tarde envié a un alumno con síntomas de sarampión a sus asustados padres, que de repente pusieron en tela de juicio su compromiso con la medicina holística. Por fin pude recorrer con una taza de café en la mano la pasarela cubierta que conectaba la escuela de los mayores con la de los pequeños. Los ensayos de mi hijo Scott con el coro estarían a punto de terminarse, y con esto ya podría irme a casa y meterme en la cama bajo una montaña de

mantas, confiando en que la falta de oxígeno me dejara rápidamente sin sentido.

Al doblar la esquina para entrar en el aula de actividades, el sonido de las voces beatíficas de mi hijo y los demás miembros del coro me hizo sentir más relajada. Sólo se podía entrar en el coro de madrigales por expresa invitación. Cantaban canciones a capela, casi todas medievales y renacentistas. Scott, que ya era de los mayores, tenía una voz bonita, pero no era especialmente amante de la música. Si seguía en el coro era porque en la escuela les exigían una actividad extracurricular, y las demás opciones le parecían «lamentables», en una palabra.

Me colé por la puerta trasera y divisé al grupito del coro apelotonado en los escalones a un lado del escenario. Al acercarme un poco más distinguí la voz de Scott entre los barítonos. Cantaban *The Holly and the Ivy*, seguramente en preparación de la ceremonia de la Espiral de Adviento que las escuelas Waldorf celebran antes de Navidad. Tuve que reconocer que se preparaban con tiempo.

Me senté en una silla plegable para tomarme el café tranquilamente. Cuando el profesor dio unas instrucciones finales y el grupo se dispersó, Scott se acercó con aire perezoso, seguido por otros dos muchachos: el silencioso Temple, amigo suyo desde que eran niños, y otro al que yo no conocía. Supuse que querían que les llevara a casa en coche.

—Hola, mamá —dijo Scott—. ¿Te importaría llevar a su casa a estos dos?

Me dirigí al aparcamiento con los tres siguiéndome a distancia. Uno de ellos —el nuevo, a juzgar por la voz— iba cantando una parodia procaz de *The Holly and the Ivy*, para deleite de sus compañeros. En cuanto se instalaron en el asiento trasero del Volvo, la conversación se vio reducida a los monosílabos inexpresivos de los adolescentes.

—¿Quién vive más cerca? —pregunté cuando salimos del aparcamiento.

—Yo —dijo el malhablado—. En Crescent, gire a la izquierda, luego a la derecha en Lakeside y todo recto.

Puse la radio y procuré —sin demasiado éxito— centrarme en

lo que quedaba de la tarde más que en el día horrible que había tenido. Ahora había tres alumnos con sarampión, y un cuarto que probablemente lo estaba incubando. En cualquier otra escuela, esto sería motivo de alarma, pero en nuestra comunidad escolar muchos padres se mostraban reacios a vacunar a sus hijos, por lo que periódicamente teníamos brotes de enfermedades misteriosas. Estas ideas se apoyaban en las enseñanzas de Rudolf Steiner, creador de la filosofía de nuestra escuela, pero yo no compartía su visión. De hecho, cuando entré en la escuela Waldorf me consideraba una rebelde hacia la sociedad en general, pero lo cierto es que, una vez dentro, muchas cosas me resultaron irritantes, aunque mantuve mis discrepancias en secreto. Vacuné a mis hijos, hice circuncidar a Scott, tenía en casa no uno, sino dos televisores. Y comía queso americano envuelto en plástico.

Del asiento de atrás me llegó la voz del chico nuevo:

—Monica Lewinsky entra en una tintorería. El empleado es un poco duro de oído.

Scott expresó su entusiasmo.

—¡Oooh! ¿Lo habías oído, Temple?

—Mmm.

—Ella dice: «Traigo otro vestido». El dependiente de la tintorería pregunta: «¿Otra mancha difícil?» Monica responde: «No, esta vez es de mostaza».

Scott y Temple estallaron en carcajadas. Miré por el retrovisor y vi la mirada del otro chico y su sonrisa llena de orgullo por su propio chiste. El pelo negro, con las puntas cortadas a cuchilla, le tapaba casi totalmente un ojo, pero el otro tenía un brillo malicioso. Le dirigí una mirada interrogativa a través del espejo.

—No es un buen chiste cuando hay señoras —le dije.

—Lo siento, señora McFarland —replicó, fingiendo que estaba compungido.

—Es verdad, Zach —dijo Scott, encantado de confabularse con su amigo—. No deberías hablarle así a mi madre. ¿Cómo se te ocurre?

A continuación se oyeron unos golpes sordos: los puñetazos que se propinaban en el asiento de atrás. Al llegar a un semáforo en rojo me giré y les grité:

—¡Ya basta!

Scott y su amigo se incorporaron al momento. Temple, que iba sentado entre los dos, pareció aliviado. Yo llevaba tantos años ejerciendo una doble autoridad —como madre y como maestra— sobre los compañeros de Scott que no tenía problema en reñirlos. Miré directamente al chico del pelo negro y le pregunté:

—¿Qué edad tienes?

—Dieciséis.

—Pues compórtate como tal. No me importa llevarte a tu casa, pero no lo haré si os portáis como animales salvajes.

—Está verde —anunció Scott. Cuando volví la vista hacia el frente, dijo entre dientes—: Zach, menudo animal estás hecho.

—Eso mismo me dijo tu madre —replicó el chico en voz baja.

Estallaron al mismo tiempo en risotadas apenas contenidas. Yo saqué el codo por la ventanilla, apoyé la cabeza en la mano y exhalé un hondo suspiro. Además de la montaña de mantas, me vendría bien una copa de vino. O dos.

Empecé a tener sueños eróticos con mi jefe poco después de su llegada desde una escuela Waldorf grande y próspera en la bahía de San Francisco. Además de joven, Dan Beckett era bastante guapo, con una espesa mata de pelo de un rubio desvaído y ojos de un azul tan pálido como los de un husky. No era mal candidato para las fantasías del subconsciente, pero en realidad era uno más. Desde que mi marido cambió su libido por su programa de doctorado —o eso parecía— tres años atrás, yo había empezado a soñar con todo tipo de hombres en extrañas situaciones, como si mi mente, en su estado de privación, agarrara unas ideas al azar y las mezclara entre sí. Tenía su gracia cuando se trataba del técnico en paisajismo del vecino o de mi antiguo profesor de física, pero resultaba problemático cuando los que se colaban en mis sueños eran colegas del trabajo o padres de los niños del parvulario..., o ambas cosas, como en el caso de Dan, cuyo hijo Aidan iba a mi clase. Cuando después me encontraba con estos hombres no podía evitar sentirme como si intentáramos mantener nuestra relación en secreto. Era el efecto

que me producían los sueños. No ignoraba dónde estaba la frontera entre sueño y realidad, pero mis sueños arrastraban las ideas a un sector donde lo onírico y lo real se superponían, y lo absurdo parecía más factible.

Así que, tras tomar una copa de vino tinto y sumergirme hasta la barbilla en un baño caliente de espuma —un jabón líquido Weleda con olor a lavanda—, me sumí en un sueño del que desperté con la incómoda sensación de haber soñado intensamente con mi jefe. Por lo menos en esta ocasión había dormido toda la noche. Cuando el íncubo me despertaba a las tres de la madrugada, era igual de memorable, pero más incómodo.

A la mañana siguiente me hice el firme propósito de evitar el despacho frontal. Así, con un poco de suerte, llegaría al final de la jornada laboral sin tropezarme en ningún momento con Dan.

—¡Ho, ho, ho! Pero ¿qué veo? —canté a los pequeños que se apiñaban a mi alrededor—. ¿Acaso ha venido un gnomo a verme?

Los niños contemplaron el aula con curiosidad. Venían de estar fuera haciendo agujeros en la arena, jugando en el columpio múltiple y corriendo arriba y abajo junto a los tocones. Ahora descubrían que en el suelo había un retal de seda de los que utilizábamos para pintar y una maderita proveniente de la mesita donde dejábamos lo que recogíamos en nuestros paseos. Y cualquier desorden era siempre obra de los gnomos.

—¡Ho, ho, ho! —respondieron cantando—. Los gnomos van y vienen, rápidos como el viento.

Sonreí y me puse en cuclillas para estar a su altura.

—Vuestros padres no tardarán en llegar. Vamos a ordenar lo que ha hecho este gnomo malo y luego hacemos una representación con los títeres.

Los niños pusieron manos a la obra. Yo estaba ansiosa por acabar mi día de trabajo. Era viernes, y el fin de semana se anunciaba muy emocionante. Mi marido y yo planeábamos celebrar nuestro aniversario en Fallon, un hotelito en las Montañas Blue Ridge donde habíamos estado muchos años atrás, bastante antes incluso de que naciera Maggie. Apenas veía a mi marido desde que empezó a trabajar en su disertación doctoral sobre acuicultura sostenible, y

a pesar de que en todo este tiempo se había mostrado hosco y malhumorado, aquel viajecito me hacía tanta ilusión como una primera cita. Necesitaba pasar un fin de semana con Russ, aunque sólo fuera para apartar mi mente de la cada vez más larga lista de hombres con los que estaba teniendo aventuras sin pedirles permiso.

Pero hasta entonces tenía trabajo que hacer. Dirigí la función de títeres y la recitación de la tarde, toqué tres veces la campanita de bronce y entregué cada niño a sus padres. Cada vez que se abría la puerta del aula, podía entrever en el pasillo a una mujer desconocida que conversaba con el director. Tenía el pelo largo y oscuro y no cabía duda de que estaba embarazada. Probablemente era la madre de un futuro alumno, y me tocaría charlar con ella y aplazar un poco mi fin de semana romántico.

Cuando todos los niños se hubieron ido, salvo Aidan, me acerqué a la desconocida, le estreché la mano y la invité a pasar. Llevaba el pelo recogido con mucha gracia con un pañuelo, y calzaba esos zapatitos de cuero que son tan populares entre los que practican yoga. Calculé que tendría treinta y tantos, tal vez menos, pero en realidad sus suaves rasgos orientales me llevaron a errar totalmente. Dan se acercó sigilosamente y apareció junto a ella exhibiendo una beatífica sonrisa de sacerdote. Haciendo un esfuerzo aparté de mi mente el recuerdo de mi sueño, donde aparecía totalmente desnudo, bañado en sudor y mostrando un rictus desdeñoso.

—Judy, te presento a Vivienne Heath —me dijo Dan. Yo respondí imitando su sonrisa—. Dice que su hijo puede ayudarte con el mercadillo de Navidad. El chico tiene que completar horas de servicio, de manera que me dije: ¿por qué no le echamos una mano a Judy?

Magnífico. Además del frenesí que vivía cada año con el trabajo voluntario que tenía que hacer para mi jefe, sólo me faltaba supervisar a un *boy scout*.

—¡Estupendo! —respondí con entusiasmo.

—Acabamos de mudarnos desde New Hampshire —explicó Vivienne—. Mi hijo está construyendo una casa de juguete para la subasta. Es su proyecto en clase de carpintería, pero tiene que hacer más horas. Es un chico muy creativo, y estoy segura de que tra-

bajará mucho con usted, aunque a lo mejor necesita reciclaje en algunas técnicas.

Asentí con la cabeza, intentando ocultar mi sorpresa. La carpintería era una materia de los cursos superiores, de modo que ella era probablemente mayor de lo que pensaba. Sin embargo, ahí estaba, a punto de tener un bebé. Es mejor que yo, me dije. Yo estaba preparada para hacer un segundo intento en muchas cosas de la vida, pero cuidar a un recién nacido no era una de ellas.

—Si quieres hablar de manualidades, Judy es la persona adecuada —dijo Dan, dándome una palmadita en el hombro. Yo me puse rígida—. Es capaz de hilar la paja y convertirla en oro.

Vivienne sonrió.

—¿Es una de las especialidades que enseñan a los profesores del instituto Steiner?

Sacudí un poco el hombro para desprenderme de la mano de Dan.

—De ser así, ahora mismo me tendría encerrada en el taller.

Dan soltó una carcajada, y la mirada de Vivienne Heath pasó rápidamente de mí a mi jefe, y otra vez a mí. En público él desplegaba conmigo una camaradería y una amabilidad un tanto exageradas. Así compensaba el hecho de que nos odiábamos mutuamente. Desde el mismo momento de su llegada, un año antes, quedó patente que me consideraba un dinosaurio salido de Woodstock; por mi parte, yo le veía como un bohemio burgués. Entre los dos se abría un abismo ideológico imposible de salvar, incluso antes de que yo empezara a tener esos vívidos sueños en los que copulábamos. La tensión que Vivienne acababa de captar podía provenir de cualquiera de los dos niveles.

—Y hablando del taller, el chico está ahora mismo dentro, trabajando —dijo Dan—. A lo mejor podrías entrar a saludarle.

—Claro. —Me colgué el bolso del hombro y dirigí un último vistazo a la clase—. Ahora mismo voy.

—Muchas gracias. Estoy segura de que para él será una experiencia estupenda. —Vivienne me miró sonriente—. ¿Conoces a mi hijo, Zach Patterson?

De pronto caí en la cuenta. El chico de pelo y ojos negros.

—Pues la verdad es que sí —dije, impresionada por mi propia compostura—. Está en el coro de madrigales con mi hijo. El otro día le acompañé en coche a casa.

Vivienne entrecerró los ojos.

—No te contaría uno de sus chistes de Lewinsky, ¿no?

—Pues sí.

Exhaló un suspiro de disgusto.

—Te pido perdón. Si es el chiste que creo, se lo ha estado contando a los empleados de su padre, a sus tíos y hasta a su abuelo. Es un comediante. Probablemente se está vengando de nosotros porque escuchamos demasiado la NPR.*

—A lo mejor le inquieta el tema de Lewinsky —sugerí—. Por aquello de perder la fe en nuestros líderes y todo eso. Puede que sea su manera de aliviar el estrés.

Vivienne esbozó una sonrisita que se convirtió en carcajada burlona.

—No conoces a mi hijo. No tiene estrés, lo que pasa es que le gusta decir cochinadas delante de los adultos. Le emociona.

Noté que Dan estaba incómodo con la situación.

—Bueno —me apresuré a decir—. Tengo bastante experiencia con los adolescentes. Estoy segura de que podré tenerle a raya.

Dije adiós a Dan y a Vivienne y me encaminé a los talleres, dando un rodeo para no pasar por delante del aula donde Bobbie daba su clase de historia, y que ahora ocupaba una profesora joven que no se parecía a ella en nada, ni en el aspecto ni en la personalidad. El primer día de colegio cometí la tontería de pasar por delante del aula y echar un vistazo dentro. Ver a todos aquellos adolescentes que seguían charlando, trabajando y bromeando entre ellos como si Bobbie nunca hubiera existido me hundió en una depresión tan desconcertante que estuve toda la tarde poniéndome en el café gotas del remedio homeopático de flores del doctor Bach, Rescue Remedy. Desde entonces prefería lidiar con el dolor mediante la evitación y la represión. Era consciente de que la opinión general

* Radio Pública Nacional. Organización de emisoras de radio públicas e independientes. (*N. de la T.*)

no aprobaba estos métodos, pero a mí me funcionaban perfectamente.

El destartado edificio que albergaba el taller —una enorme nave desesperadamente necesitada de amor y de una buena capa de pintura por fuera— se encontraba detrás de la escuela. Unos artesanos amish lo levantaron diez años atrás, y los alumnos del colegio, pequeños y mayores, se habían ocupado de pintarlo y darle los últimos toques. El único sistema de calefacción consistía en una estufa que se alimentaba con restos de proyectos escolares. Esto último lo sabía porque tres años antes, la aseguradora dijo que nos cancelaba el seguro hasta que instaláramos un sistema de calefacción que cumpliera con las normas. Y como no había fondos, la nave seguía subsistiendo a base de esperanza y mucha vigilancia.

Oí a Zach Patterson antes de verlo. Estaba agachado en el suelo del taller junto a una sierra muy ruidosa. Llevaba gafas protectoras y el pelo le caía despeinado sobre la cara, de manera que no hubiera sabido con certeza que era él de no ser porque sobre la mesa reposaba una mochila con las iniciales ZXP escritas con un rotulador negro en grandes letras mayúsculas. Me pregunté a qué respondería la X.

—Hola, Zach —grité, para hacerme oír por encima del estruendo de la sierra. Estaba dispuesta a iniciar con buen pie nuestra relación.

Me miró a través de la nube de serrín, apagó la sierra eléctrica y se puso de pie. Cuando se colocó sobre la cabeza las gafas protectoras pude verle bien el rostro bajo la mata de pelo negro: tenía el vello facial mal recortado, un poco de acné y unos ojos que resultaban demasiado grandes para sus mejillas estrechas y su barbilla afilada. Estaba claro que el chico se encontraba todavía en esa fase que las madres denominan «aspecto desmañado» de la adolescencia.

Me tendió la mano.

—Gracias por haberme acompañado a casa el otro día, señora McFarland.

—De nada. Tu madre ha venido ahora mismo para decirme que contaré con tu ayuda en el mercadillo. No caí en la cuenta de que era tu madre hasta el último momento.

—Es porque ella tiene un aspecto más chino que yo —soltó—. Esto despista a todo el mundo.

—Creo que lo que me despistó fue el apellido. Había visto el tuyo en la lista del coro, de manera que cuando ella se presentó como Heath no caí en que era tu madre.

Zach asintió con un movimiento de cabeza.

—Te despistarías más si conocieras a mi padre, que es rubio y muy alto. Nadie imagina que yo sea su hijo, aunque llevamos el mismo apellido. Esperan que mi madre tenga un apellido chino y que el Heath sea el de mi padre; sucede muy a menudo.

—Supongo que son cosas de la familia moderna —dije con una sonrisa.

Él me sonrió a su vez, pero con más espontaneidad.

—Sí. Es el oscurecimiento de la antigua sabiduría.

—¿A qué te refieres?

Había picado el anzuelo.

—Steiner afirma que la mezcla de razas oscurece la antigua sabiduría. Es un pecado del que mis padres son culpables.

Cerré los ojos un buen rato.

—Steiner no dijo nunca eso.

—Sí que lo dijo, pero no importa. Era un producto de su tiempo, y yo soy un producto del mío. —Se colocó de nuevo las gafas protectoras y volvió a agarrar bien la plancha de madera que tenía entre las manos antes de preguntar—: ¿Me necesitaba para algo?

—Sólo quería hablar contigo de las horas de servicio que vas a hacer. No creo que llegues a las treinta horas, pero puedo encontrar en el mercadillo todo el trabajo que estés dispuesto a hacer: pintar, montar casetas, poner precios..., lo que quieras.

—Ya entiendo. —Se puso en cuclillas y alineó la tabla de madera frente a la hoja de la sierra eléctrica—. Quiere decir que venda mi cuerpo hasta que la escuela considere que he pagado mi parte. No me importa.

Lo fulminé con la mirada, aunque estaba de espaldas a mí. Era como Scott, pero peor hablado y no tan fácil de castigar. Me colgué el bolso del hombro y anuncié:

—Este fin de semana me iré de viaje, pero si necesitas ayuda ya me avisarás.

—¿Adónde va?

El tono personal de la pregunta me cogió por sorpresa.

—Voy con mi marido a las montañas Blue Ridge para celebrar nuestro aniversario.

—Qué bien —dijo—. Me gustan las montañas. Resulta extraño vivir en un lugar sin montañas. Cuando contemplas el paisaje, es como si no pudieras fijar la mirada en ningún sitio. No hay ancla, sólo el vacío. Es una mierda.

Tenía razón. Tal vez eso explicara por qué me sentía como me sentía. Últimamente me acosaba la desagradable sensación de que se acercaba algo muy oscuro, y que, como dijera en una ocasión mi comadrona, no había más remedio que pasarlo como fuera. Pero a lo mejor se trataba de algo más sencillo. A lo mejor era cuestión de tener un lugar donde descansar la mirada, y con ella los pensamientos.

Sonreí a Zach, y él me respondió con una sonrisa tímida, apenas esbozada.